



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

NUESTRA SEÑORA DE LOS AGONIZANTES.

*Si ambulavero in medio umbræ mor-
tis, non timebo mala.*

Aunque caminase yo por medio de la
sombra de la muerte, no temeré yo nin-
gún desastre.

(SALMO XXII, 4.)

Se ha dicho, y con razon, que la tribulacion mayor y el compendio de todas las tribulaciones es la muerte: al acercarse tan terrible momento, en que nos será preciso abandonar la vana figura de este mundo, se presentan á la mente cuantas calamidades y aflicciones la oprimieron durante su peregrinacion por la tierra. Se debe morir, precisamente, en la hora en que se abrigan más lisonjeras esperanzas y se adquieren nuevos bienes, sin sospechar del presente, ni inquietarse por el mañana. Antes de morir oprimen el cuerpo graves dolores, náuseas que le anublan el entendimiento, angustias que atraviesan su corazon, y melancolias que le entristecen. Al morir ve el hombre, que ha de separarse de las personas que ama con tanta ternura, de los bienes que acumuló con tantos sudores, de los títulos que ostentó con tanto fausto y de todas aquellas cosas que formaron sus delicias. En una palabra, es casi imposible que no tema la muerte, puesto que los hombres más eminentes en santidad, al aproximarse ella, se sintieron sobresaltados por aterradores pensamientos de tristeza; y hasta Aquel mismo que fué vencedor y árbitro de la muerte, se estremeció ante ella en el Huerto de las Olivas.

Hé aquí porque la pública devocion, que conoce el poder y la ternura de nuestra piadosa Madre, que la considera como benéfica protectora para todos los azares de la vida, la constituyó tambien protectora en todos los afanes de la muerte, que compendian todos los demás, y empezó á saludarla con el título suavísimo de Nuestra Señora de los Agonizantes; título que debe llamar ciertamente á sí los afectos de todos los corazones. Pues ¿hay, acaso, hombre alguno,

TOMO VII.

1

008549

que no tema á la vista de la muerte, en actitud y ademán de gigante? ¿Puede, acaso, nadie librarse de caer en aquel negro abismo abierto á nuestros piés? Siendo así que todos, tarde ó temprano, tendremos que oír la campanilla de la agonía, todos debemos invocar á Aquella, que puede hacerla ménos amarga, y allanando los caminos de la salvacion, trocárla en amable principio de un eterno gozo, de lo cual voy á hablaros con todo el celo y eficacia posibles. Al probaros que María asiste con singular auxilio á sus devotos en el instante tremendo de la muerte, y que éstos nada deben temer en aquel instante, estoy seguro de que resolveréis venerarla más y más cada día, y tributarla vuestra filial devocion. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Nadie, estoy seguro de ello, pondrá en duda, que María nos ama. Basta considerarla en Nazareth ó en el Calvario, para que no quepa duda alguna de este amor. ¿Por qué aceptó en Nazareth el ser madre, á pesar de saber la horrible série de padecimientos á que debía someterse? ¿Por qué quiso correr hácia el Calvario, arrodillarse al pié de la cruz, unir sus dolores á la pasion del Hijo, y apurar á grandes sorbos el cáliz de las amarguras? Fué por nuestro amor, que condescendió en Nazareth á las dolorosísimas consecuencias que debía sufrir á causa de su divina maternidad; fué por amor nuestro, que se contentó en el Calvario con ser traspasada con terribles tormentos, y martirizada con indecibles angustias. Por consiguiente, si María hizo tanto por nosotros, hasta sacrificarse por nuestro bien, y puesto que no hubiera podido hacer tanto, si no la hubiese impelido con tanta fuerza un amor generoso hácia nosotros, debemos concluir, que nos ama con el mayor amor, ya que nos amó con el amor del sacrificio, que es el mayor de los amores.

Pregunto yo ahora; ¿cómo se prueba el amor, sinó oyendo las súplicas, secundando los rectos deseos, y socorriendo en todos conceptos al que se ama? Es esto uno de los principales efectos del amor; y cuando se cierran los oídos á las legítimas pretensiones de la persona que se dice que se ama, no se quiere satisfacer sus justos votos, ó no se le proporciona el bien que podría hacersele, prueba es irrecusable de que no se le ama. Puesto, pues, que María nos ama, y nos ama con el amor poderosísimo que hemos dicho ántes, siguese, que debe atender benigna nuestras súplicas, mostrarse benévola á nuestros deseos, y declararse solícita por colmarnos de sus maternales beneficios. Esto es lo que ha hecho siempre; y ninguna lengua, por

elocuente que sea, podría enumerar las gracias de que ha colmado piadosamente á las almas que imploraron su patrocinio. Cuantos se presentaron á sus altares, sintieron desvanecerse los dolores de su cuerpo, calmarse las inquietudes de su espíritu, serenarse las dudas de su entendimiento y alejarse las agitaciones de su corazon. Cuantos la han invocado, se han visto consolados en sus aflicciones, defendidos en las tentaciones, sostenidos en los peligros y socorridos en las calamidades. Cuantos recurrieron á su patrocinio vieron como, para secar su llanto, libraba los campos del granizo, del naufragio las mercancías, de la bancarota los negocios y de malignas influencias la salud. Derramaron lágrimas de ternura por los obtenidos socorros cuantos acudieron fervorosamente á Ella en la impaciencia del esperado auxilio, y cantaron himnos de gratitud por las mercedes recibidas cuántos lábios la invocaron con acentos salidos de lo más íntimo del alma; y estos beneficios, repartidos por su misericordia y derramados sobre los infelices con aquel amor de que rebosa su corazon para nuestro bien, fueron tan claros y manifiestos al pueblo cristiano, que bien puede asegurarse no haberse oído nunca que nadie la haya invocado inútilmente.

Siendo así, amados hermanos, ¿quién de nosotros no deduce de estas dos premisas, como legítima consecuencia, que la Santísima Virgen será toda benignidad para nosotros en las amarguras de la agonía, en las angustias de la muerte? Y en verdad, que si María nos ama, y si el efecto de su amor es dispensar beneficios á la persona amada, ¿podría ménos de protejernos en aquel instante en que los dolores son más intensos, mayores los peligros, y más vigorosas las tentaciones? Ó hemos de decir que no nos ama, ó que no nos desampará en la mayor necesidad y en la ocasion de más trascendencia. Si no puede negarse que María nos ama con amor verdadero, con amor sumo, con amor magnánimo y generoso; tampoco puede negarse, que pondrá todo su estudio en guardarnos cuando venga á nuestro encuentro la muerte con su fúnebre y espantoso cortejo, y nos hará experimentar sus gracias, gozar de sus mercedes, y nos colmará de sus bendiciones; de suerte, que la hallaremos, como hoy, en medio del santo júbilo de esta fiesta y en la ferviente devocion de nuestros corazones, piadosa y amorosísima Madre de los Agonizantes.

¿Y qué cosa podría ser excesivamente amarga en la hora de la muerte para aquel, que con los ojos de la fé ve María á su lado? No la pérdida del mundo, porque asistido por su maternal patrocinio conocerá muy bien, que la tierra en que ha habitado hasta entónces es

un lugar de destierro, un valle de lágrimas y de miserias. No los bienes ya gozados, y que ha de abandonar; porque iluminado por una cuidadosa asistencia comprenderá, que estos bienes le punzaron tantas veces con sus espinas, aún en medio de las mismas prosperidades, y que eran siempre otros tantos estímulos que podían desviarle de la observancia de los divinos preceptos. No los caros lazos formados por la naturaleza y consagrados por la religion, de que debe despedirse; porque fortalecido por la acostumbrada proteccion se consolará, pensando que los que deja en este triste valle le seguirán á no tardar, y formarán en el Cielo una inmortal familia en el seno de Dios. No el cuerpo, que ve próximo á hundirse en el sepulcro, presa de la corrupcion; porque sostenido por la gracia de María, lo considera como su más encarnizado enemigo, y se abrasará en aquellos mismos sentimientos de que se alimentaba el Apóstol de verse libre de la durísima esclavitud de la carne.

Y en corroboracion de cuanto queda dicho hasta aquí, invoco el testimonio del santo obispo Fulberto, á quien en los últimos latidos la Virgen recreó, de suerte, que el pobre moribundo tuvo que alegrarse, no obstante los dolores de toda especie que le inquietaban, de algo que le anticipaba la gloria del Paraíso. Invoco el testimonio de San Juan de Dios, al cual venida la Virgen para asistirle en la hora postrera, con sus suavísimas manos le secó el sudor de la frente, y extenuado, palpitante y semivivo aseguró, que solo respiraba entre las paredes de su celda una aura suavísima, anunciadora de la que se respira á los piés de los eternos tabernáculos. Invoco el testimonio de Santa Ildegunda, que mientras sufría acerbamente en el lecho de su dolor, y sentía desfallecer su espíritu en la ruina del cuerpo, se reanimó de repente, porque vió que la Virgen la sostenía con caricias de Madre, y que esparciendo á su alrededor la abundante plenitud de sus celestiales dones, la hizo gustar consuelos que no se adquieren ni podrían adquirirse á precio de oro. Invoco el testimonio... Pero, ¿qué diré, hermanos míos? Queriendo invocar el testimonio de cuantas almas se vieron favorecidas por la Virgen en los instantes de la agonía, debería invocar el testimonio de todas las almas que moran en el Cielo, porque todas ellas tuvieron á su favor en la agonía á esta compasiva, generosa y magnánima Bienhechora.

Dejemos, pues, estos testimonios que serían interminables, y recordemos más bien las palabras que á este propósito dijo la Virgen á Santa Brígida. Esta piadosa mujer, fija la mente en el gran pensamiento de la muerte, sentía oprimirsele fuertemente el pecho, cuando

sentada sobre densísima nube, teniendo el arco iris á sus piés, con un rostro que semejava á algo divino, y una sonrisa, ante la cual nada sería toda nuestra dulzura, se le presentó María. Mil ángeles le hacían cortejo; y Ella, en cuya faz resplandecía juntamente unidas la belleza y majestad, y en cuyas manos se agitaban las gracias, próxima á su devota que estaba pendiente de sus labios: Yo, le dijo, en la hora de la muerte, como madre tiernísima iré al encuentro de mis fieles, y velaré para que descubriendo mas allá de la vida presente un nuevo orden de cosas, se animen y adquieran fuerzas para hacer frente á su enemigo. Examinemos brevemente estas palabras, y no podremos ménos de concluir sobre el asunto en cuestion. Cuando desaparecerá, le dijo la Virgen Santísima, cuando desaparecerá de su vista el brillante espectáculo de cuanto le rodea, cuando el cuerpo bajo los golpes de la enfermedad se arruinará y la podredumbre empezará á roer sus huesos; cuando el mundo no podrá proporcionarle ningún alivio, y los deudos, los amigos y los familiares dirigirán sus discursos á otras ideas, entónces acudiré yo para que entiendan, que su partida será precisamente el paso de esta vida miserable á otra mejor y bienaventurada. Yo, que, allá donde el Cielo brilla más limpio, soy coronada Reina del Universo, estaré pronta y preparada para protegerles: la ausencia en los hombres entibia el amor, en mí lo aumenta; y descenderé de lo alto, á fin de que puedan arrostrar la muerte con ojos impasibles, sin que les aterre su feroz espectro ni les espante exageradamente la incertidumbre de la vida futura. Así como una madre cariñosísima, que teniendo el hijo enfermo abandona todas las demás ocupaciones, y de día y de noche lo olvida todo con el más tierno amor, con la solicitud más atenta y con artes de que no es capaz de describir ningún ingenio, asiste á su hijo, también yo, en el instante que tendrán que abandonar la pesada carga de su cuerpo, sostendré y fortaleceré su interior, mientras su exterior se desvanece. *Obviabo et occurrám.* Aún sin ser rogada ni llamada, iré con aquella familiaridad misma con que una madre se acerca á su hijo, y procuraré desvanecer de su mente las funestas fantasías, de su corazón los vanos temores, y de su alma las tentaciones adversas.

Y no puede ser de otra manera, hermanos míos. En efecto; ¿qué es lo que puede aterrorizarnos, cuando tengamos que pagar la deuda comun? Ciertamente, ó el enemigo, que nos combate y procura arrastrarnos á los eternos suplicios, ó el juez, que nos aguarda y debe examinar nuestra vida. Ahora bien; contra el enemigo que nos com-

bate, tendremos entónces una poderosa defensa; y ante el juez que nos aguarda, un poderoso patrocinio en María.

Y sin duda el demonio, que hace todos los esfuerzos para sujetarnos entre sus garras, sabiendo que le queda poco tiempo en la hora de la agonía, y que perdiéndonos en aquel instante nos habrá perdido para siempre, no deja de emplear todas las astucias imaginables y de poner en obra las artes más refinadas para arrastrarnos á la perdicion. Contra ese mónstruo sale omnipotente María, y cuantos más artificios ó engaños emplea la bestia infernal para precipitar al alma en el abismo de la culpa, otro tanto Ella se muestra generosa en su asistencia y fortaleza para desviar sus asechanzas y hacer ineficaces sus astucias.

Unas veces se dice en el Cántico, que María es suave y bella; otras, que es terrible: suave y bella como Jerusalén; terrible como ejército puesto en órden de batalla. Y María una vez fué terrible, y otra vez suave: terrible, cuando en su misma concepcion aplastó con su pié virginal la soberbia del Infierno; y suave, cuando en Belén recibió á los Pastores y á los Magos que fueron á adorar á su Hijo. Pero Ella no es solamente suave, ni solamente terrible, sinó que es terrible y suave á la vez. Ahora bien; ¿en qué tiempo la Virgen reune en sí estas dos prerogativas, que parecen opuestas? Es precisamente en la hora de nuestra muerte, porque entónces será toda ira contra el demonio, y se le presentará terrible; será toda gracia para con nosotros, y se nos descubrirá suave.

Y así como nuestra piadosa Madre es muy solícita en desvanecer de los agonizantes el temor del enemigo, lo es igualmente para rodearles de su eficacísimo patrocinio ante el juez que les aguarda. Cierto que el juez tendrá por emblema la justicia; pero lo es tambien que alrededor del divino trono brilla un iris, y este iris es María. María es la figurada en Esther; y así como Esther obtuvo cuanto pidió á favor de su pueblo, tambien Ella obtiene de Dios cuanto pide por sus devotos. María es la simbolizada en Resfa, lo cual significa, que así como Resfa asistía á sus hijos en su muerte, y no se separó de ellos hasta que hubo caido del cielo fecundante lluvia, tampoco Ella abandona á los moribundos, haciendo que se derrame sobre ellos la lluvia de las gracias. No ignoramos que la divina justicia no puede permitir que queden impunes las culpas, ni pasen desapercibidos los pecados; pero añadiremos tambien, que María es la Madre de la reconciliacion y de la paz. Por una parte, trocará en méritos para el moribundo los dolores mismos de la agonía y el sacrificio de su vida;

por otra, con su intercesion, que interpondrá delante de Dios, le inclinará á su favor elemente y misericordioso. Por consiguiente, si el pensamiento del eterno juez puede desanimar al agonizante, podrá animarlo el pensar en su Madre, puesto que si ve en Dios la justicia, ve brillar en María la misericordia. ¡Ah! sí, con el pensamiento y la esperanza de tener una abogada tan poderosa, una bienhechora tan propicia y una Madre tan amorosa, verá impetérro la muerte, que le dirigirá feroces miradas, y se dormirá en el sueño de la paz, saludando á aquella que saludamos hoy con el título de Nuestra Señora de los Agonizantes.

Hé aquí, amados hermanos, porque os exhorto y encarezco que seais verdaderos devotos de María; y dirigiéndome á María, le suplicaré se digne asistirnos ahora y en la hora de la nuestra muerte. *Nunc, et in hora mortis nostræ.* Atiende, pues, oh María, la humilde súplica que por mis lábios te hace este pueblo, y oye la fervorosa oracion de nuestros corazones. Cuando la muerte venga á descargar su guadaña sobre nuestra cerviz, cuando oscurecidos los ojos no tendrán ya fuerza para mirar al Cielo, cuando las manos inertes no podrán estrechar la imágen de Cristo, cuando los lábios amoratados no podrán articular una sola palabra para pedir á Dios la gracia de su misericordia, entónces ven, oh María, ven á enjugar nuestras lágrimas, ven á suavizar nuestros suspiros, ven á mitigar nuestros dolores, á consolar nuestra tristeza, á recibir nuestro espíritu en tus brazos; ven, y haz que el alma libre de los lazos del cuerpo, por la merced de tu proteccion vuele á los gozos del Paraíso, que á todos deseo.